



En el plan de Dios para la felicidad de los hombres la familia ocupa un lugar primordial

La fe descubre más profundamente las perspectivas de la vida familiar

En el plan de Dios para la felicidad de los hombres la familia ocupa un lugar primordial. Desde los comienzos de la vida una persona es acogida en una familia, que permite su subsistencia y su crecimiento físico y espiritual. “En el camino de **Abrahán** hacia la ciudad futura, la Carta a los Hebreos se refiere a una bendición que se transmite de padres a hijos (cf. *Hb* 11,20-21). El primer ámbito que la fe ilumina en la ciudad de los hombres es la familia” (Papa Francisco, Enc. *Lumen fidei*, n. 52).

La estabilidad y el progreso de una familia tienen como primera condición la existencia de un matrimonio. Otras alternativas no son sino pintorescos remedos de esta realidad, natural para la persona humana. “Pienso sobre todo en el matrimonio, como unión estable de un hombre y una mujer: nace de su amor, signo y presencia del amor de Dios, del reconocimiento y la aceptación de la bondad de la diferenciación sexual, que permite a los cónyuges unirse en una sola carne (cf. *Gn* 2,24) y ser capaces de engendrar una vida nueva, manifestación de la bondad del Creador, de su sabiduría y de su designio de amor. Fundados en este amor, hombre y mujer pueden prometerse amor mutuo con un gesto que compromete toda la vida y que

recuerda tantos rasgos de la fe. Prometer un amor para siempre es posible cuando se descubre un plan que sobrepasa los propios proyectos, que nos sostiene y nos permite entregar totalmente nuestro futuro a la persona amada” (*idem*).

La flor del amor conyugal trae consigo el alegre fruto de los hijos. “La fe, además, ayuda a captar en toda su profundidad y riqueza la generación de los hijos, porque hace reconocer en ella el amor creador que nos da y nos confía el misterio de una nueva persona. En este sentido, **Sara** llegó a ser madre por la fe, contando con la fidelidad de Dios a sus promesas (cf. *Hb 11,11*)” (*idem*).

Esto es sumamente importante, no sólo en el plano de la vida terrena. La fe descubre más profundamente las perspectivas de la vida familiar. “En la familia, la fe está presente en todas las etapas de la vida, comenzando por la infancia: los niños aprenden a fiarse del amor de sus padres. Por eso, es importante que los padres cultiven prácticas comunes de fe en la familia, que acompañen el crecimiento en la fe de los hijos. Sobre todo los jóvenes, que atraviesan una edad tan compleja, rica e importante para la fe, deben sentir la cercanía y la atención de la familia y de la comunidad eclesial en su camino de crecimiento en la fe” (*idem*, n. 53).

Es responsabilidad de todos prestar una atención preferencial a los jóvenes, que están iniciando el camino de la vida y necesitan de una orientación y una esperanza. “Todos hemos visto cómo, en las Jornadas Mundiales de la Juventud, los jóvenes manifiestan la alegría de la fe, el compromiso de vivir una fe cada vez más sólida y generosa. Los jóvenes aspiran a una vida grande. El encuentro con Cristo, el dejarse aferrar y guiar por su amor, amplía el horizonte de la existencia, le da una esperanza sólida que no defrauda. La fe no es un refugio para gente pusilánime, sino que ensancha la vida. Hace descubrir una gran llamada, la vocación al amor, y asegura que este amor es digno de fe, que vale la pena ponerse en sus manos, porque está fundado en la fidelidad de Dios, más fuerte que todas nuestras debilidades” (*idem*).

Rafael María de Balbín